

Pedro Caba

Verdad, arte y artesanía



Se oye muchas veces decir a los artistas que ellos llevan la realidad natural hasta su obra de arte. Y también se oye a otros, que se dicen con la misión de fundar con su obra *una nueva realidad*. Parece que no, pero unos y otros tienen razón, aunque en parte nada más. Y tienen razón porque esa realidad a que aluden es, en parte, tomada del mundo objetivo y, en parte, fundada de nuevo, *recreada*. Lo que funda el artista no es la realidad del mundo objetivo sino otra realidad, allí, en la obra, *representada*. Hay realidad natural en ella pero hay también, y mucho más, espíritu envuelto en la cosicidad de la obra. Hasta cuando el pintor dice representar, los árboles y relieves del paisaje pone en la obra mucho más que esa realidad representada, sin que sepamos qué es eso más que entrevemos. Y lo acarreado y traído a la obra desde lo natural es falso, pues ni ese arbolito pintado da flores, frutos ni fragancias, ni el paisaje artístico que nos da, tienen la palpitación ni la extensión del paisaje real con sus fuentes, sus pájaros, sus nubes y sus ríos. Y sin embargo, y esto es lo decisivo, los demás preferimos lo pintado a lo real, lo que da el cuadro a lo que da la realidad exterior. Y si hubiéramos preferido el cuadro por lo que tiene de copia de la realidad, debíamos pedir una fotografía que es más fiel en su copia. Pero no; hemos ido al cuadro no a ver

un *paisaje natural*, sino a ver a un hombre, a ver un *paisaje humano*, y lo hemos visto a través y con pretexto de ese cuadro.

Pero ¿por qué ese pretexto y ese rodeo para ver a un hombre? Porque así, buscando él su expresión, se nos da más auténtico y sin vigilancias. La obra nos da más pura la expresión del artista, porque éste, en el momento de la creación es un hombre descuidado, casi inerte, ganado por la ingenuidad expresiva. Pero además, la expresión de su ser, en la obra, es más directa, y sin embargo, más recatada, como retraída o reticente, lo que nos abre aún más el apetito de la intimidad que allí se retrae y atesora. También ha sido Ortega el que ha dado con la frase clave: "Toda la gracia de la pintura se concentra en esta dual condición; su ansia de expresar y su resolución de callar". Y luego, "La delicia de la pintura es sernos perpetuo jergológico frente al cual vivimos perpetuamente en una faena de interpretación, canjeando sin cesar lo que vemos por su intención" (1). Creo que todo eso, con las debidas variantes, puede decirse de toda obra de arte, pues aun la poesía que, por usar el lenguaje como medio, parece que debiera hablar con claridad, es precisamente poesía en la medida que calla, y esconde mucho con sus elipsis, alusiones, elusiones y metáforas, en suma, con su lenguaje curvo, hermético o enroscado. Pero la razón de esta reticencia, de este darse y no darse de toda obra artística, está en que en el artista, como en todo hombre al expresarse, hay, al lado de su impulso de explicación y esclarecimiento, otro impulso contrario de encubrimiento y ocultación, según he expuesto en mi libro *Misterio en el hombre*. Por eso la verdad del arte, al herirse de esta voluntad de ocultación, lleva consigo lo que Heidegger llama *la no verdad*, cuando lo que ocurre es que la verdad existencial es claroscuro, y en toda verdad hay ocultamiento como en todo ser va adjunto el no ser. Tanto Ortega como Heidegger están demasiado apegados al intelectualismo del ser como patencia, y de la verdad como *aletheia*, es decir como descubrimiento,

(1) Ortega; *Papeles sobre Velázquez y Goya*. Ed. "Revista de Occidente", páginas 20 y 22.

y no ven que también, en muchas cosas bien patentes, para hallarles su verdad, hay que taparlas u ocultarlas. Tal por ejemplo, la obra de arte; tal, la verdad de lo divino que hay que hacerla *mysterium, sacramentum*.

Por eso, si el artista, en vez de darnos su genuina expresión, se amanaera y enfatiza, para hacernos creer que se está expresando en su obra, pronto descubrimos que no, que es plagio o *pastiche* y que, *por lo tanto*, aquello no es obra de arte. El hombre siempre busca al hombre en su autenticidad y la obra de arte no es el resultado de un hacer, sino el rostro vivo de una expresión. Tras de la obra de arte, en ella misma, estamos contemplando a su autor.

ARTISTAS Y ARTESANOS

Y así distinguimos artistas y artesanos. En el artista prevalece el crear. En el artesano, el hacer. Mientras en éste la habilidad manual es lo más importante y decisivo, en el artista lo manual es lo de menos y es extraño a la sustancia de la obra. Lo que haya de oficio manual en el artista sólo sirve, cuando más, para resaltar la intencionalidad expresiva de la obra, y cuando menos, para enmañarla o disimularla. Sin duda, sin un mínimo de materialidad y de oficio y técnica, no hay obra de arte, y eso es lo que le da su cosicidad adjunta a la expresión creadora de la obra, pero ni el arte es nada más que oficio ni el oficio artesano es arte creador. El cuadro que no tiene más virtud que la de estar bien pintado, con gran habilidad artesana, no es obra de arte; es un mero hacer manual y no el crear o fundar, de un centro creador. El pintor que no sepa más que pintar no es ni pintor, como el escritor que sólo lo sea por su gramática (parda o azul) no es más que escribiente.

No está, pues, la diferencia solamente, en que el artesano busca la utilidad (que la silla sea cómoda, que el violín suene bien), y el artista no, sino también en que el que el artista inventa o crea, incrementa el mundo (es "autor", de *augere*, aumentar) y el artesano, copia y repite: "En la artesanía —dice Ortega— no se concibe

conciencia del invento. El artesano tiene que aprender, en largo aprendizaje, técnicas que ya están elaboradas y vienen de una insondable tradición. El artesano va inspirado por la norma de encajarse en esa tradición. Como tal; está vuelto al pasado y no abierto a posibles novedades. Sigue el uso constituido" (2). El artista funda una nueva criatura en la obra, y con ella pretende abrir en flor un nuevo mundo, por el que el hombre contempla cosas; el artesano repite un modelo con más o menos variaciones, y siempre sin perder de vista la utilidad, la comodidad y aun la buena venta como mercancía. El artesano no se siente *autor*; por eso no firma sus obras, que no son del todo suyas. Pero es claro que, dentro de la realidad del hombre, no van nunca totalmente diferenciados el artista y el artesano, y éste no debería ya decirlo por reiterado y hartó sabido. Es rara la obra artesana donde falta el detalle superfluo, el garabato *inútil*, la modesta tentativa de hacer arte; no siempre la curva del asa o el torneado de la silla son netamente artesanos, ni nuestros muebles e instrumentos son los más cómodos y prácticos, sino que sacrificamos, aun en artesanía, muchas veces la utilidad al gozo artístico. La cerámica empezó siendo útil y acabó siendo arte. En el artesano siempre hay alguna técnica, algún prurito inventor; como dice también Ortega, el artesano es "a la par e indivisamente técnico y obrero" (3).

Lo artístico, el impulso poético está metido nuclearmente en todo hombre. La misma técnica empezó siendo afán de arte y no satisfacción de necesidades. Ya estamos casi todos de acuerdo en que el primer vestido no fué para taparse y evitar las intemperies, sino para adornarse, en la mujer, o para mostrar el poderío y la autoridad, en el varón. El primer arco no apareció como instrumento de caza, sino como medio de arte musical. La primera vasija fué por lo menos tan artística como útil, lo mismo que la primera fotografía. El hecho de que el hombre guste ver las cosas, *representadas*, o sea *presentadas* en segunda potencia, ¿no nos está indicando que el hombre es ani-

(2) Ortega y Gasset: *Meditación sobre la técnica*, página 137.

(3) Ortega y Gasset: *Meditación de la técnica*, página 139.

mal poético? ¿Qué otro animal prefiere a la hierba o a la presa su *representación*? ¿Qué significa que se haya podido suponer que el mundo del hombre es voluntad y es representación? ¿Por qué los hombres exaltan como seres superiores a los artistas que fundan obras sin utilidad, y los proclaman superiores a los artesanos, tan útiles, tan prácticos, tan benefactores y solícitos.

¿Qué ocurriría si un artesano fuera tan original que nos hiciera una flauta que no sirve para sonar, sino para sentarse sobre ella, o un paraguas que no sirviera para la lluvia, sino para sacar música de sus varillas? Pues ocurriría que ni el paraguas ni la flauta serían lo que dice el artesano que son, pero, en cambio, el artesano mismo estaría en trance de ser artista, sólo porque en las cosas extirpa su utilidad y porque no copia ningún modelo. En cambio del artista en cuya obra de arte descubrimos copia de otra anterior (aunque sea suya también) ya nos parece inferior y a punto de frustrarse como obra de arte. Sobra decir que no hay artista puro que cree *ex nihilo*, y que en todo artista hay influencias y resonancias de otro. Por eso la artesanía se aprende y se enseña y aun se vende con el aprendizaje como mercancía.

La aptitud artística ni se enseña ni se aprende. Vender la obra de arte no quiere decir que se venda el arte. Si hay escuelas de arte no es para enseñar a ser artistas, sino para ayudar mayeúticamente a serlo quien ya potencialmente lo era, dándole medios técnicos, ejercicios de habilidad para su exteriorización. Sin saber trazar una línea o manejar un pincel, no se es pintor, pero con el oficio de pintar sólo, tampoco surge el artista. Y aun en esto, cabe pensar si la vocación no da ya la aptitud, la habilidad manual precisamente porque la vocación lleva el ejercicio y la busca de la obra, por los medios adecuados del arte que se está soñando, como una madre sueña los hijos que no le han nacido. Esa es la opinión de Marañón, me parece. Sin embargo, cabe también pensar la recíproca: si la habilidad manual, si la aptitud para el hacer manual, no hace despertar una especie de vocación renuente y como aletargada.

Creo que en el artista hay *vocación* y en el artesano *aptitud* o *habilidad*. Y que en éste, esa habilidad puede despertar algo que se llama "afición" y que es como una vocación por lo orientada y persistente, del mismo modo que en el artista la vocación le hace buscar ejercicios que les despiertan cierta habilidad. Pero no hay aprendizaje para el artista como lo hay para el artesano. A todo el mundo se le puede enseñar a hacer un zapato, elaborar una tuerca o conducir un avión, pues la aptitud o habilidad manual está muy extendida entre los hombres (y por eso todos los hombres, casi, pueden ser artesanos), pero no se puede enseñar a ser poeta, o pintor a quien no es artista a *nativitate*. El oficio habitúa, automatiza, y lleva a la técnica sin espíritu. Quizás antes de ser oficio, hubo algo como vocación, aptitud despierta y ávida, pero cuando se hizo oficio la casi vocación empezó a extinguirse. Entre el oficio que repite casi ciego, y el arte que busca la creación pura, está la *profesión* en que el fervor remueve todos los días los temas y las obras. La profesión no mata la vocación (cuando es vocación auténtica y no veleidad) sino que la sostiene renovada y no hace caer en la técnica y el oficio, aunque tampoco logre la vocación y la fundación propia del arte. El artesano de raza no tiene oficio, sino *profesión*; el *profesor* rutinario no ejerce profesión, sino oficio mecánico.

Pero aún afirmo más; que el saber bien el oficio, la buena aptitud y la mucha habilidad manual, la facilidad para el hacer, perjudican al artista, como el exceso de fantasía creadora, los brotes de vocación artística en el artesano, perjudican a su obra de artesanía, la cual, en vena inválida de creación se entretendrá en adornos y perifollos, y acabará teniendo resabios de cosa inútil sin alcanzar el arte. Todos usamos un idioma y no todos podemos hacer arte literario con él, aunque lo usemos con corrección, pues precisamente la preocupación por la corrección es síntoma de oficio y perjudica a la obra artística, como el afán de novedad y de adornos en la obra artesana descubre lo que hay en él de fantasía creadora y perjudica a la artesanía. Los buenos artesanos son hoy los obreros, los que son capaces de repetir, con ayuda de las máquinas, modelos sin varia-

ción, hasta que se les ordena otra cosa. Hoy el artesano medieval, con ribetes y tildes de artistas (y en muchos pueblos se llama a los artesanos, *artistas*) no existe; existe y se da el obrero de gran fábrica que es el artesano ideal de nuestro tiempo. Los buenos artistas son los "originales" los que originan o engendran y a veces los "novedosos", los que traen nuevas criaturas al mundo. Y no necesitan como antaño, saber bien su oficio. Cézanne, Renoir, El Greco, pintaban mal, quiero decir con mal oficio de dibujantes y de coloristas. Por eso decía Ortega hace años: "Después de pintar admirablemente, el pintor debe comenzar a ser artista". Sólo que a mí me parece que la frase hay que invertirla, y que primero debe ser artista y después pintar admirablemente.